

la dirección de Marsillach, constituyó una excelente sorpresa, no creo que "Contacto peculiar", su tercer trabajo me parezca, suponga para ella —aparte de la disciplina y discreción que pone de manifiesto— un paso hacia adelante. ■ J. M.

JAZZ

Blakey, otra vez

Hubo que esperar tres años, pero al fin Art Blakey volvió. Y volvió al mismo sitio, al Balboa Jazz. Su ambiente.

Es interesante hacer memoria. La vez anterior, Blakey trajo un grupo más suelto, más libre; pero también más disperso, menos integrado. En esta segunda ocasión, los Messengers han sido más Messengers. Confieso que no sé qué es mejor... aunque con músicos así lo mejor es siempre lo que está por venir.

Tomemos referencias individuales. Esta vez faltó el inagotable Cedric Lawson al piano, pero en su lugar tuvimos a la sorpresa de la noche, el joven Jimmy Williams: un pianista contenido, tradicional, que a veces casi se pasó de romántico, aunque... ¿hace falta recordar que, de Ellington a McCoy Tyner, todos los grandes pianistas de "jazz" han sido románticos hasta casi la obstinación?

Tuvimos dos saxos, uno más que la vez anterior. De un lado, el alto Bobby Watson, el más dotado técnicamente de los nuevos Messengers, que se atreve con mucho y lo resuelve con facilidad; hábil en las baladas, dejó, sin embargo, sus ecos más personales en unos pitidos verdaderamente estratosféricos. Y, en el lado opuesto, pero complementándose perfectamente cuando hacía falta, el diminuto tenor Davey Schmitter: denso, lacónico, casi abstracto en ocasiones, hay que elogiarle su sonido espeso, muy a lo Rolling; por lo demás, en el segundo set de los tres de que constó la actuación, se soltó el pelo y nos largó una interpretación vocal de "Georgia" llena de humor y de feeling; toda una lección de versatilidad.

La nota exótica —si nos pusieramos importantes diríamos que la prueba de la universalidad

del "jazz"— la dio el trompeta, el soviético Valeri Ponomarev. Quienes conozcan algo a los Messengers ya se pueden imaginar que, siguiendo con la suerte última del grupo, le toca ahora a Ponomarev cargar con la fatalidad ya histórica de ser habitado noche tras noche por el espíritu de Lee Morgan.

Queda por reseñar la labor del contrabajo, Dennis Irwin: un excelente músico, aunque tal vez falta del empuje característico de otros bajos que por el grupo han pasado. Aunque en este asunto del empuje, da igual: ya se las arregla solo el viejo Buhaina, zurrándole a la batería como si sobre sus hombros no pesaran los muchos años que ya cuenta. Art Blakey es más que un percusionista. Lo es ya en cantidad de sonido, porque puede llegar a atronar como una tribu entera. Pero, y esto es lo más importante, lo es, sobre todo, en cantidad de música: Blakey es fuerte, impulsivo, poderoso, pero no es en absoluto un salvaje. Hay en los Messengers una cohesión, un control y un nivel de elaboración y hasta sofisticación que no son explicables como simples productos del instinto: tras de ello hay una inteligencia despierta que lo domina todo con el supremo argumento de autoridad que radica en dejar a las personas en libertad para que den lo mejor de sí mismas. Y no creo equivocarme al decir que esa inteligencia se oculta detrás de la sonrisa en apariencia ingenua y ya por completo paternal con que mister Art Blakey mira a sus pupilos, a la música que surge de ellos.

Así pues, esta vez los Messengers fueron de verdad los Messengers. Dijeron de todo un po-



Art Blakey.

co, satisfaciendo a los adictos de uno y otro extremo: hubo, por lo tanto, desde baladas reflexivas —un hermoso "In a sentimental mood" a cargo del pianista Williams— hasta una breve y contundente orgía rítmica, con todos los miembros del grupo convertidos en percusionistas; no faltaron los obligados "Moanin'" y "Blues march". Pero el núcleo central de las actuaciones estuvo formado por temas del último LP del grupo, "Gypsy for tales", una auténtica maravilla que es incomprendible que no haya salido aún aquí, toda vez que pertenece al sello Roulette, el cual obra ahora en poder de una de las pocas casas discográficas nacionales que se atreven a sacar "jazz" sistemáticamente.

Lo dicho: aunque fuera sólo por una noche, Art Blakey volvió. Confiamos en que hasta la próxima no tengamos que esperar otros tres años. ■ JOSE RAMON RUBIO.

CANCION

Joan Baez, en RTVE: saludos a Dolores

La presencia de Joan Baez en el programa "Fiesta", de José María Iñigo, única "actuación" de la cantante norteamericana en Madrid, antes de ofrecer dos recitales públicos y masivos en Barcelona, ha resultado ser de lo más polémica, y la visita a España de la "primera dama del folk" (sic) ha revestido, por ello mismo, los caracteres míticos que eran de esperar.

Los cimientos televisivos de Prado del Rey se conmovieron un tanto —al igual que con el "Yo canto", de Luis Pastor, que ha provocado virulentas reacciones en cadenas... periodísticas ("ABC", "El Alcázar"), y más de una amenaza de dimisión forzosa a responsables de programación en RTVE—, cuando Joan Baez dedicó el "No nos moverán" a una persona "con la que no estoy totalmente de acuerdo, pero a la cual... I like very much: 'La Pasionaria'". De esta forma, la cantante cumplía su promesa de inter-



Joan Baez.

pretar este tema en sus primeras actuaciones en España y se "redimía" de alguna manera por haber "consentido" actuar en un espacio tan comercial de televisión.

Joan demostró dos cosas ante las cámaras: que los tiempos no pasan en vano y que, pese a todo, el verdadero artista resiste esos condicionantes de época y espacio. Algo mermada de facultades vocales con respecto a sus ya lejanos principios (hacia 1959), no fue ésta, sin embargo, la principal limitación de su mini-recital en Florida Park. Más discutible fue la selección de canciones realizada, el repertorio escogido para tal ocasión: comenzando con "Blowin' in the wind", de Bob Dylan, y "Gracias a la vida", de Violeta Parra; continuando con "Imagine/Let it be", de los "beatles" John Lennon y Paul McCartney, y terminando con el ya referido "No nos moverán" —a pesar de su antiguo "espiritual" negro "Swing low, sweet Chariot", fue posiblemente —a pesar de su innegable calidad— un contenido más propio de los años sesenta que de los actuales. Que vino arropado, por añadidura, en una vestimenta musical acorde; es decir, simple, desnuda, con una sola guitarra acompañan-

te... justamente como en los años sesenta.

Y, sin embargo, la fundadora de un Instituto para la No-Violencia en su país, salió victoriosa de la prueba (si es que se había planteado algún tipo de batalla). La sola presencia de su figura denota una indudable personalidad, un acentuado carisma que, posiblemente, sea el primer distintivo del cantante popular y del artista ante un público. La forma de decir, de sentir cada frase y cada palabra, de interpretar —en definitiva—, que establece una comunicación apenas perceptible como no sea a nivel emocional, hacen de Joan Baez una cantante por encima de las modas, e incluso las formas y los estilos. A todo ello, Joan añadió una gran maestría en el tratamiento del espacio visual a través de la televisión, no dejándose nunca marcar ni dominar por las cámaras, eliminando así su rigidez y consiguiendo distanciamiento, y, por supuesto, haciéndonos olvidar que aquello era justamente "Fiesta". A ello colaboró sin duda el habitual presentador del programa, que tuvo el buen gusto de desaparecer de la pantalla...

Durante la breve rueda de prensa que ofreció en un hotel madrileño, Joan Baez (nacida en 1941) se mostró igualmente sencilla y antídota por excelencia, por más que algunas preguntas fuesen ligeramente malintencionadas. Pacifista a ultranza, como ha demostrado sobradamente, sus preocupaciones políticas actuales no parecen ir más allá de la condena moral de la opresión "que todos sufrimos" y de la educación coherente de su hijo (fruto de un matrimonio, ya separado, con un destacado activista norteamericano en la Universidad, en los últimos 60). Su ideología va con ella a todas partes, desde luego, y sus ayudas económicas y simpatías absolutas van hacia todos los movimientos de no-violencia. No es muy optimista respecto del futuro, pero tiene esperanza de que las cosas mejoren. Piensa que en Estados Unidos todo el mundo, y también los cantantes comprometidos políticamente, "quedaron cansados tras la larga lucha contra la guerra del Vietnam". Musicalmente hablando, no encuentra grandes cosas que oír en la canción popular y prefiere escuchar siempre la música clásica. Y si sus últimos discos (el muy reciente "Blowin' away" —en la multinacional capitalista CBS Epic—) son extremadamente sofisticados y con una variada y amplia instrumentación para sus propias composiciones, ello no parece sino obedecer a razones de

experimentación: en directo, tal como demostró en Madrid, ella sigue siendo un poco la reina (eso sí: pongámoslo con minúsculas) del "folk", a la manera más tradicional posible en estos tiempos. ■ ALVARO FEITO. Foto: EL YETI.

ARTE

Tal vez yo no sea la persona más indicada para emitir un juicio absolutamente imparcial sobre la pintura de Antonio Lago Rivera. Tal vez. Es que esa pintura, por lo que ahora contará, está absolutamente ligada a mi historia personal... a mi historia "profesional", si es que se le puede llamar profesión a la tarea mía de publicar algún comentario de alguna exposición... Fue hace ya más de veinte años, en el 52 o en el 53. Lago estaba haciendo una exposición en Buscholz... ¿Os acordáis de Buscholz los más viejos del lugar? A mí me gustaba la exposición de Lago, pero la crítica no la había tratado excesivamente bien. Carlos Pascual de Lara, que era mi gran amigo de aquellos días y que quería mucho a Lago, se acercó a mí y me dijo: "Como a ti te gusta Lago, hazme un artículo sobre él, que yo lo publicaré". "Pero si yo no sé escribir, ni pienso escribir nunca", protesté. "Hazlo", insistió Lara. Y lo hice. Se publicó en "Correo Literario", y así empezó para mí el lío. Confieso que no me siento mal siendo lo que soy. Pero cuando veo la pintura de Lago, o simplemente a Lago, siempre me acuerdo de aquello.

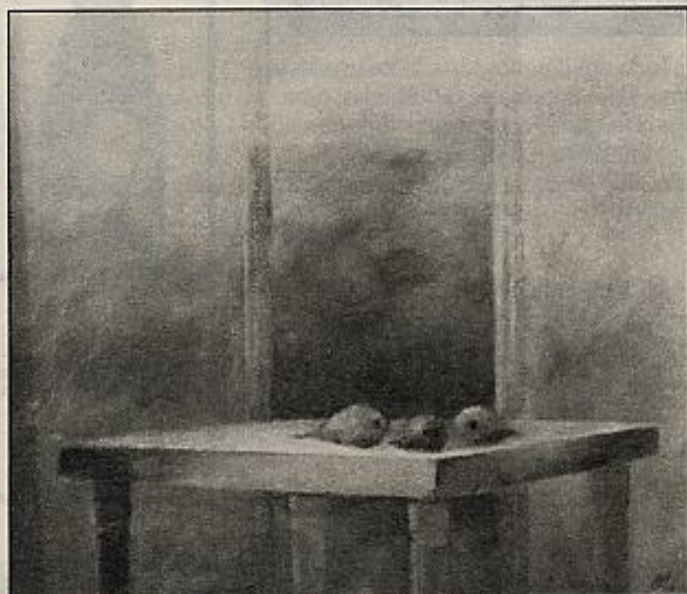
**Antonio
Lago
Rivera**
Galería Cellini.
Madrid

Aquella exposición de Lago en la vieja Buscholz significaba una dicción pictórica nueva en el hacer de su autor. Antes de esa exposición, Lago aparecía a los ojos de muchos como una especie de "naif". ¡Aquellas visiones panorámicas, en las cuales las cosas quedaban descritas no con la luz de una visión, sino con las de un conocimiento! Pero, claro está, Lago no era "un naïf". Tenía un cono-

cimiento demasiado exacto de la pintura como para serlo. Lo que ocurre es que a su conocimiento de la pintura él unía el de esa visión que tienen los que describen no sólo lo que ven, sino lo que conocen. La prueba de que Lago no era un "naif" fue esa misma exposición en Buscholz de que vengo hablando. De pronto, él rompió con toda su dicción anterior y se puso a expresar paisajes y grandes manchas de color y con lineaciones muy concretas, lo cual suponía un conocimiento muy intenso de la pintura... Luego, Lago fue un pintor "abstracto", uniéndose así a la polémica vida de aquellos años entre la abstracción y el figurativismo... Ahora vuelvo a encontrarme con Lago... con la pintura de Lago, mejor dicho, y todo me conduce a reafirmarme

"el grueso de color", eso que constituye una auténtica posesión consuetudinaria para multitud de pintores. Porque, es curioso, el magisterio actual de Lago consiste en saber incorporar a sus disponibilidades pictóricas, no los recursos de los maestros ricos en grandes recursos, sino, al revés, los recursos de los posibles ingenuos. Y ello no por ingenuidad ni, mucho menos por apelación a un falso ingenuismo. Lago vuelve, por ejemplo, en sus sombras, al viejo difuminado, como si fuese un artista que acaba de aprender entusiásticamente las posibilidades primeras de las sombras.

Lo cierto es que, después de conocer todas las posibilidades de la pintura moderna, y todos los recursos de la última hora vanguardista de la modernidad,



Bodegón de Antonio Lago.

en mi posición previa: No, no es un "naif", ni creo que lo haya sido nunca. Lo cual no excluye considerarlo un pintor de una pureza esencial; de una pureza en el tratamiento de su oficio muy difícil de mantener en quien, como él, lleva tantos años de ejercicio profesional y tiene, consecuentemente, tantos años de conocimiento de todos los resortes de la pintura.

Antonio Lago Rivera es un artista muy raro. Si fuese un "naif" efectivamente —si fuese un "ingenuista"—, él necesitaría ignorar muchas cosas para actuar pictóricamente. Pero no. El no actúa así. El necesita, por el contrario, conocer muy bien todo lo que está dispuesto a menospreciar para que la realidad de su pintura diga lo que él quiere que diga.

El menosprecia, por ejemplo,

él, está recurriendo, con plena conciencia de ello, a los primeros recursos de la pintura. Y está muy bien. Encontrarse, en un cuadro de Lago, con la sencilla esquina de un paisaje o con la sencilla esquina de un interior, es algo que nos proporciona siempre la alegría de los reencuentros. De los reencuentros, sí, porque lo hermoso de la pintura de Lago es que él sabe devolvernos a una visión sencilla que también fue la nuestra, antes de que todos quedáramos aprisionados por las visiones complicadas de la pintura. Degustar la pintura de Lago es retornar, con él, a un mundo que también es el nuestro. He ahí una vanguardia muy peculiar, a la cual tenemos que tener también en cuenta. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.